

Antonio Vega

Chiño

NUNCA fuimos gran cosa, la verdad. Periféricos, llegamos tarde a casi todo: a las manifestaciones anti-franquistas, al movimiento hippie, a la beatlemania.

No había postmodernidad ni fin de la historia, nos dejábamos llevar por los ecos de los que nos antecedieron, por las copias de sí mismos de los creadores consagrados. No nos iba mal: las islas de libertad se agrandaban a medida que crecíamos, aunque seguíamos mirando para afuera, con el cuello estirado para no perdernos las nuevas tendencias. No conseguíamos salir de nuestra condición de segundones, en una permanente periferia cultural y política.

Buscábamos algo que nos identificase, no sabíamos todavía escribir ni componer. Bebíamos en todas las fuentes: de la contestación latinoamericana, del barroquismo de los progresivos británicos, de nuestros cantores guitarra y barba en mano. Nos perdíamos en disquisiciones musicales, no encontrábamos nuestro espejo en un realismo mágico que no se correspondía con nuestra prosa ni tampoco en la poesía, vista con recelo. Queríamos orientar nuestra vida en un país que se iba encontrando a sí mismo, en la antesala de un mundo adulto del que recelábamos. Estudiando lenguaje, componiendo acordes, quedaba espacio para soñar. No pretendíamos mucho: chicas, diversión, instantes de felicidad adornados con nuevas gotas de trasgresión para los sentidos. Nos gustaba porque era nuestro, sin artificios ni emulaciones. Sonaba tal cual éramos. Ya no teníamos que mirar para afuera. Su música nos pertenecía. Nos mirábamos a nosotros mismos, aunque nuestra felicidad se consumiese en una décima de segundo. No hemos llegado a ser gran cosa, cierto, pero hemos disfrutado con algo nuestro, con su música. Gracias, Antonio V.